

Autoridades, profesores, familiares, licenciados; buenas tardes.

El motivo de nuestra presencia aquí no es otro que cerrar una etapa. Una etapa que concierne a los futuros licenciados, pero también a quienes durante estos cinco años nos han acompañado en el camino que hoy concluye. Se trata, pues, de una celebración compartida. Pero, ¿a qué damos término hoy? Habrá quien piense que la licenciatura es un cúmulo de exámenes, créditos, trámites varios. En parte es así, pero también es algo más. Al margen de las servidumbres burocráticas, la universidad ha supuesto para nosotros un aprendizaje, además de en lo académico, en lo humano. Cinco años dan para mucho: hemos estudiado la ficción y lo real en los textos y hemos probado aquello que la vida tiene de verdad y de máscara; el tiempo como categoría verbal y, en palabras de Cervantes, como juez supremo de todas las cosas; confluyen a un tiempo la broma cáustica de Quevedo y la risa franca del amigo; el amor, como experiencia personal de cada uno -siempre única- y en los versos apasionados de Catulo. En definitiva, se trata de un progreso profesional y vital, en el que la universidad ha desempeñado un papel indispensable.

Y como marco de todo ello este edificio: la Facultad de Letras, entrañable escenario de lecciones a horas a veces intempestivas, interminables sesiones de estudio en la biblioteca y -¿por qué no decirlo?- las no menos interminables, aunque sí más gratas, tardes de cafetería.

¡Y es que no son pocos los recuerdos que nos asaltan! ¡Encendidos debates! ¡Cuántas ideas sugeridas en clase se han prolongado luego en acaloradas charlas que, a fuer de cerveza y de amistad, indefectiblemente acababan en confesiones de última hora y confidencias sexuales! Quién sabe si en estas charlas no se halle el germen de alguna genial contribución a las letras.



Pero nada de esto habría sido posible sin una educación pública que, pese a todas sus limitaciones, nos ha permitido estar hoy aquí.

La Universidad Complutense, a menudo objeto de tantas críticas, sin embargo, ha cumplido hasta ahora una importante labor social. Y decimos “ha cumplido” con la

cautela que nos imponen las circunstancias presentes. Ojalá que las próximas generaciones puedan seguir disfrutando de un derecho del que ya, a día de hoy, algunos alumnos se han visto privados.

Tal vez no seamos capaces de valorar ahora en toda su magnitud lo que significa licenciarse. Si se nos permite la nota personal, tanto Manuel como yo, hemos tenido la fortuna de ser los primeros en nuestra familia en acceder a unos estudios universitarios. Para ellas -las familias- nuestra presencia aquí y lo que ello significa supone en cierta medida un timbre de honor.

Nuestro primer agradecimiento, pues, va dirigido a nuestros padres, hermanos, familiares. Sin su apoyo económico y moral nunca habiéramos llegado adonde estamos. Nuestro segundo agradecimiento -y no por ello menos importante- va dirigido a los profesores, transmisores de conocimiento, compañeros en nuestro aprendizaje y, en alguna ocasión, hasta un poco padres. Es, asimismo, justo reconocer la labor de quienes, día a día, desde instancias administrativas, se esfuerzan para que en esta facultad las bibliotecas dispongan de fondos; los proyectos de financiación; los alumnos de becas. En definitiva, gracias a todos los que hacen posible que nuestra facultad continúe cumpliendo su función de generar y transmitir ideas, y también de brindar oportunidades.

*Dios te libre, oyente, de un discurso largo.* Siguiendo el consejo de Quevedo, y de Borges, no queremos contribuir al tedio que acaso ya hayamos creado. Más allá de estos muros nos espera un porvenir ciertamente cargado de incertidumbres, pero en el que no faltarán motivos para la esperanza. En él, nuestro paso por la universidad habrá supuesto un bagaje que ya es nuestro y no nos podrá ser arrebatado.